

**El proceso de  
deshumanización de la  
medicina occidental y los  
estudiantes de medicina  
-visto desde la  
antropología**

de los monitores fetales, porque son magníficos. Te liberan para que puedas hacer muchas otras cosas... No puedo estar sentado aquí con una mujer en plena tarea, poniéndole la mano en el vientre y al mismo tiempo allí viendo a veinte o treinta pacientes diarias" (1987:291). El uso de la tecnología también confiere estatus al médico. Uno de ellos comentaba: "En obstetricia nadie que muestre interés por la paciente será respetado. Lo que se respeta es el interés por los aparatos" (1987:291).

¿Cómo aprenden los estudiantes de medicina a aceptar el modelo tecnológico? La investigación de Davis-Floyd indica tres procesos clave. Una forma es la *novatada* física, un cruel rito de paso consistente, en este caso, en el estrés causado por la falta de sueño, que se extiende durante la universidad y el periodo como residente.

La segunda porque los estudios de medicina en Estados Unidos implican un proceso de *retroceso cognitivo* en el que los estudiantes renuncian al pensamiento crítico y a modos de aprendizaje reflexivo. Durante los primeros dos años de estudios la mayoría de los cursos son ciencia básica y los estudiantes deben memorizar enormes cantidades de materiales. Este proceso de pura memorización les obliga a adoptar un enfoque acrítico. La sobrecarga mental socializa a los estudiantes en una pauta uniforme, de estrechez de miras, en la que el conocimiento de la medicina asume la máxima importancia.

La tercera forma es un proceso denominado *deshumanización*, los estudios médicos adiestran en trabajos que eliminan los ideales humanitarios mediante el énfasis en la tecnología y la cosificación del paciente. Como explicaba un estudiante: "La mayoría de nosotros llega con bonitos ideales humanitarios. Ese era mi caso. Pero el proceso completo de los estudios médicos te hace inhumano... Con el tiempo te haces residente y terminas sin preocuparte por otra cosa que no sean las últimas

Fuente: lo leo en la página 173 del libro «Antropología cultural» de Bárbara Miller, 6ª edición (ISBN: 978-84-9035-499-5).